

“Si-mismo y Objeto en espejo multisensorial: un aporte metapsicológico de la clínica con el autismo”

Myriam Boubli¹

El síndrome autístico, al incluir una constelación de incapacidades sensiblemente diversas, aunque todas ellas presenten trastornos de la intersubjetividad y particularidades de la función simbólica y por lo tanto de la comunicación, parece poder ser utilizado como un arquetipo para ayudarnos a reexplorar, profundizar y descubrir bajo una nueva luz, la naturaleza de la comunicación primaria y sus complejidades. Esto se debe, probablemente, a que se trata de un objeto de estudio que mueve diversos enfoques metodológicos que intentan, a su vez, no encerrarse en burbujas autísticas sino comunicarse entre ellos, pese a ciertas dificultades y reticencias que aparecen a priori.

La escucha de esta clínica, asociada a conocimientos adquiridos en el marco de los vínculos primarios, de las relaciones llamadas precoces, me ha convencido de que es a partir del estudio de los procesos autísticos y de su comparación con aquellos que se dan durante el desarrollo sin dificultades esenciales, de bebés y niños menores, que ciertas concepciones metapsicológicas de la investigación en psicoanálisis pueden ser profundizadas y modificadas de manera importante.

Los procesos que operan en el autismo muestran y ayudan a identificar el impacto de los trazos mnésicos en los procedimientos de la atención, en los procesos de memorización y rememoración, de adquisición del lenguaje así como en los procesos cognitivos más sofisticados como es el de la creación.

Flujos sensoriales como experiencia emocional protorepresentativa

Uno de los aspectos que hasta ahora ha sido desconocido o poco conocido en la investigación psicoanalítica previa a las investigaciones sobre el bebé y el autismo, es la

¹ boublim@yahoo.fr

importancia de la sensorialidad, de la motricidad en la constitución del sí-mismo y del objeto así como la pregnancia de esta temporalidad primera que son los ritmos.

La "sintonía afectiva" (accordage), como nos han mostrado los estudios sobre la perinatalidad, pasa por la gestualidad, un compartir de aflujos sensoriales surgidos de experiencias compartidas, actuadas entre el bebé y la madre. Los componentes sensoriales del acto, movilizan simultáneamente el psiquismo y tienen un efecto secundario sobre el mismo. Sabemos hoy con bastante claridad que la función elaborativa no es un segundo tiempo en relación a lo que se juega en la experimentación sensorio-motriz del bebé, sino que ella se inscribe en la misma organización motriz de la cual constituye una parte indisociablemente intrincada. Se puede pensar la actividad motriz como modalidad de transición hacia la figuración, tanto si el medio maternal recibe los movimientos, la gestualidad, las producciones sonoras del bebé, del pequeño, de la misma manera que otros mensajes a descifrar como si, por otro lado, el bebé, el niño pequeño tolera recoger de modo receptivo las respuestas del medio materno aunque éstas movilicen inevitablemente en él un movimiento de conmoción interna.

Desde los primeros estadios de la vida los bebés son activos: llaman la atención de sus madres mediante el lenguaje corporal y las producciones sonoras. Las expectativas recíprocas, cargadas de proyecciones, muestran en el bebé una capacidad innata para implicarse de inmediato en una dinámica interaccional en la cual se moviliza interiormente para responder a necesidades y estimulaciones externas e internas. En estos mismos momentos el bebé actúa simultáneamente sobre sí mismo y sobre su madre al movilizar su capacidad de responder a su llamado. Igualmente la tendencia de la madre a escuchar el llamado de su hijo y responderle adecuadamente, es la manifestación de una presencia atenta, de una ligadura afectiva específica que implica un movimiento de ida y vuelta en el "diálogo" tónico-afectivo. Para que haya movimiento de comunicación es necesario que algo toque al otro y vuelva: esto es lo que G. Haag (2003) llama "bucle de retorno", innato en el bebé y ausente en el niño autista aunque puede organizarse, lo que señala la entrada en comunicación del niño autista. Es un proceso importante ya que, para ser eficiente la "reverie" materna ha de ser acogida por el niño que la recibe y la transforma para internalizarla, esto no ocurre en los niños autistas que vuelven "incompetentes" a las madres.

Responder es siempre transformar "a mínima". Se trata allí, simultáneamente, de la capacidad materna o paterna de recibir las proyecciones masivas del bebé y del trabajo psíquico dinámico de todos los participantes: padres y bebé. El bebé es un "partenaire" que puede favorecer, solicitar los acercamientos de su medio o resistirlos de modo activo

o pasivo (hipertonía, hipotonía, rechazo activo o pasivo de la mamadera, formas de regurgitación....).

Hobson (1993) al reflexionar sobre la capacidad de simbolizar de los bebés y niños autistas parte de que "un símbolo se refiere a alguna cosa para alguien". Propone la hipótesis de que en la normalidad, el niño, equipado desde el nacimiento para las relaciones intersubjetivas, toma conciencia rápidamente, al visualizar las relaciones de los adultos, de que éstos no dan el mismo sentido a los objetos del mundo. De esta manera, el bebé aprende poco a poco a diferenciar el pensamiento de la cosa. El resultado de esta distinción es que el niño puede utilizar su poder de conferir sentido a las cosas. Puede entonces jugar simbólicamente de modo creativo con los objetos reales del mundo, dándoles otra realidad, sin perder de vista, al terminar el juego, que, por ejemplo, una caja de fósforos no es un auto, aun cuando lo haya sido durante todo el juego. En los niños que tienen un menor "handicap", como los niños ciegos, (que no pueden percibir visualmente las reacciones y las expresiones diferentes de otros seres humanos ante el mundo) así como en el caso de los niños autistas (cuyas particularidades de relaciones intersubjetivas, dificultan la percepción de los diferentes puntos de vista del mundo de los adultos y niños que los rodean) se manifiestan dificultades para diferenciar entre el pensamiento y la cosa.

Si la modalidad mayor de comunicación entre la madre y el bebé en los comienzos de la vida es una comunicación corporal, que hace saber los estados de ánimo de cada uno de ellos, ¿Donde y como ubicar el lugar del lenguaje?

Su función, en los primeros vínculos, no está en esencia asociada al significado de las palabras empleadas, inclusive para los adultos que se dirigen al bebé inventando ruidos cargados afectivamente, susurrando musicalmente su ternura, creando nuevos "sonidos-palabras" en el cuadro de un lenguaje íntimo. La prosodia sugestiva, a veces encantatoria, los ritmos lenguajeros al ajustarse rítmicamente a los actos, como la música que acompaña los films, se vuelve una especie de pantomima vocal, que duplica la comunicación corporal añadiéndole matices, sorpresas, humor y hasta disonancias, cuando el niño ha crecido y puede soportarlas. Esta música vocal, al comienzo cercana al impacto expresivo de la poesía sonora, poco a poco se va regulando y encontrando la prosodia de la lengua materna. Esto es lo que permite al bebé explorar una multiplicidad de sonidos por el gorjeo y simultáneamente balbucear en su lengua. Un descubrimiento fundamental en lingüística es que la prosodia, no acompaña a las palabras sino que está en la base de la organización del futuro lenguaje. Se trata de una matriz sintáctica que precede a las palabras y es en ella que van a insertarse secundariamente.

Se advierte la importancia de la adquisición de la música vocal cargada de afectos. Es esta adquisición de la prosodia como modalidad de dirigirse a alguien comunicativamente, la que permite diferenciar el balbuceo del protolenguaje que se dirige exclusivamente en presencia de humanos o sus sustitutos (muñecas). Los niños autistas poseen una prosodia particular, idiosincrática, que exige ser descifrada como un mensaje enigmático. Cuando sus prosodias se aproximan a la de sus lenguas natales esto significa una transformación mayor de sus organizaciones psíquicas.

No es solamente a través de la reeducación que puede hacerse esta organización de la prosodia. Hay allí todo un trabajo indispensable paralelo sobre la subjetividad y sobre el aprendizaje.

En el trabajo con bebés y niños con grandes dificultades psíquicas, es necesario partir de sus actos, movilizar una forma de comunicación corporal con la hipótesis de que ciertos recuerdos están expresados en actos y que ciertos actos favorecen la integración de recuerdos no mentalizados. Bullinger habla de representaciones sensoriomotrices cuya especificidad sería no existir hasta que no se comprometa la acción².

En el encuadre de una terapia con niños autistas, es probablemente por esta vía que puede organizarse una forma de lenguaje privado comparable a la que se organiza al comienzo de la vida entre una madre y su hijo. A partir de allí y de la puesta en narración de la historia del trabajo que se organiza en el encuadre transferencial-contratransferencial, uno se aventura poco a poco hacia un lenguaje más distanciado. De este modo en ciertos tratamientos de chicos autistas, he retomado las canciones que cantaban a boca cerrada. Pude experimentar, como otros lo hicieron antes que yo, que los niños autistas son sensibles a la repetición hecha por los otros de su propio repertorio y que las miradas sociales son más frecuentes en el caso en que son imitados. Allí se ve que, como en los niños pequeños, la imitación inmediata de su comportamiento es comprendida como emisión social, lo que no corresponde a la idea de que estarían desprovistos de una teoría de la mente (Baron-Cohen, Leslie et Frith, 1985).

Para volver al ejemplo del trabajo realizado a partir de la retoma de melodías "propuestas" por los niños: yo incluía en el curso de nuestras sesiones palabras sobre la música, comentando las situaciones, ya fuera a partir de la letra de la canción misma o palabras improvisadas. Me interesaba en aquellas situaciones durante las cuales aparecía

² Inclusive en el trabajo psicoanalítico con adultos, los analistas han reflexionado sobre esta pregunta y proponen hablar de "representaciones de acción motrices" (Perron-Borelli M; Perron R.)

una u otra melodía para tratar de extraer elementos de comprensión. A veces, en la historia de nuestro trabajo en común, una palabra de la canción o su título terminaban por designar una situación o un afecto.

Como terapeuta, la cuestión de las particularidades de las relaciones intersubjetivas con los chicos autistas, la particularidad de sus acciones, de su música vocal, de sus emisiones sonoras, de su movilización en torno a ciertas sensorialidades y la evitación de otras sensaciones, me llevó a investigar la particularidad de sus motricidades y sensorialidades en el ámbito de la especificidad de las relaciones transferenciales y contratransferenciales durante el trabajo analítico con ellos.

Desde mi óptica de trabajo he ubicado estas investigaciones motrices y sensoriales como expresiones no pensadas, todavía no pensables, de imágenes auto-sensoriales del objeto (partiendo de la idea que la experiencia de reflejo en el espejo sería configurada, en esta primera edad, esencialmente en respuestas sensoriales múltiples y no puramente visuales). Podríamos, teniendo en cuenta la manera en que estos niños se estimulan o no, identificar el "molde" inconsciente propio y, probablemente, el "molde" inconsciente de sus formas de vínculo con el objeto.

A partir de allí, podría formularse la hipótesis de que las estereotipias autísticas tendrían valor simultáneamente de búsqueda y evitación del objeto, situándose de este modo en la interfaz de un proceso de desvitalización.

La madre, como nos dijo Winnicott, logra habitualmente proveer a su bebé de un sentimiento de continuidad de ser que mantiene creando un universo relativamente estable, construido sobre la base de ritmos que movilizan en el bebé un sentimiento de permanencia. Y sin embargo, como nos dice Bollas (1989), sobre este telón de fondo de inmovilidad recíproca, se asiste a la instalación de una red de intercambios extremadamente activos entre la madre y el niño que siguen un proceso permanente de negociaciones alrededor de rituales ligados a las necesidades somatopsíquicas y ya psicodinámicas tales como la alimentación, el dormir, el sostén (holding). La madre al proponerse como "medio maleable" (Milner) a su bebe, transforma continuamente el medio exterior e interior del mismo al responder a sus necesidades, al atenuar su malestar y sus angustias.

Generalmente el bebe se ancla sobre lo que se mantiene semejante en la madre, sobre sus invariantes (olor, tono de voz, apariencia global, ritmo...) para soportar e integrar los cambios. Para que los cambios no sean desorganizadores se necesitan

rituales comparables aunque no sean exactamente iguales. Los bebés también necesitan una cierta cantidad de "lo mismo" para organizar una seguridad interna, para que el objeto, "otro sí mismo", en su constancia transformacional favorezca la organización del self y del objeto. En esta dinámica permanencia/cambio importa que la madre no sea percibida como demasiado diferenciada, aunque lo sea, para que este movimiento continuo de desorganizaciones movilice reorganizaciones sucesivas que conduzcan a la separación y subjetivación.

Todo el sentido importante que tienen los ajustes, los rituales, las retomas repetitivas en espejo del bebé, se inscriben sobre la necesidad de que el objeto primario sea percibido como un doble³, ni completamente si-mismo, pero tampoco verdaderamente separado, diferente, lo cual favorece vínculo y separación progresiva, sin dolor excesivo.

El bebé autista, por motivos aún en investigación, parece como aspirado, fascinado, aunque también amenazado, por las pequeñas diferencias que le hacen perder el contacto, el sentimiento de continuidad, de identidad (cambio de peinado, pequeñas modificaciones en el tono de voz, emociones que transforman los rasgos). La mirada de los autistas parece sensible a lo que han descubierto por deconstrucción y reconstrucción ciertos artistas que logran hacer aparente una realidad distinta, por fuera de un universo lineal. Así Monet, el más radical de los impresionistas terminó por tomar un detalle como tema central (*à part entière*). Pero si el artista posee esta "aptitud para tolerar una pérdida temporal del sentido de sí mismo", (Marion Milner 1979 p. 848) que le permite vivir una experiencia durante la cual el tiempo y el espacio son abolidos sin demasiada angustia⁴, no ocurre lo mismo en el niño autista en quien el sentimiento de identidad no ha sido aún construido. En él, esta forma de imantación, de fascinación por lo aleatorio, el aspecto caleidoscópico del Universo, compromete su anclaje tranquilo, la seguridad de

³ La idea de *objeto en homosexualidad primaria en doble* de Roussillon responde más a esta dinámica que la idea de *"femenino puro"* de Winnicott. A mi parecer corresponde a momentos de identidad adhesiva, ya sea por corresponder a un momento de bienestar en el que uno se pierde en el mundo, o a un momento defensivo debido a un malestar importante. El mundo del bebé que no está en estos excesos, ya manifiesta, probablemente, una integración mínima de separación.

⁴ Es una experiencia que se parece mucho a los momentos de desmantelamiento descritos por D. Meltzer (1975)

base que habitualmente el medio materno procura desde el comienzo de la vida. Cualquiera sean los factores etiológicos en juego, ya sean de orden genético comprometiendo la organización del mundo y/o ligados a angustias demasiado insoportables que desorganizan el mundo, de cualquier manera los niños autistas se encuentran en un mundo que los desborda, los angustia de un modo incomprensible.

Ante el caos que amenaza tragarnos, los niños autistas desarrollan actividades motrices y/o mentales defensivas para sostenerse en un medio estabilizado de modo idiosincrático. Pero su seguridad es muy frágil como lo indica su tono tan particular y su gran excitabilidad. Para intentar dominar las angustias que los invaden se excitan como buscando tranquilidad. Sería mejor decir, como dice Michel Fain (1999,25), en busca de calma. Michel Fain considera, con justa razón, que los procedimientos autocalmantes son al mismo tiempo auto-excitantes. El término calma es doblemente engañoso ya que el procedimiento consiste en una excitación que constituye una protección contra el derrumbe interior. No se trata para nada de búsqueda de placer, de satisfacción, sino de calma. Encontramos procesos comparables en los niños que se aferran a la sensorialidad dura de los objetos autísticos. (Tustin, 1985)

Desbordados por sensaciones inorganizables, con una piel psíquica mal o poco organizada, los niños autistas se defienden de manera activa agitándose en comportamientos, estereotipias, actos repetitivos que crean una especie de mismidad autocreada por la motricidad y los flujos sensoriales que surgen del cuerpo. Aferrarse sensorialmente al objeto duro autístico o perderse en los detalles del mundo evita el caos interno.

Estos procesos defensivos de supervivencia, aferramientos defensivos a la sensorialidad, plantean muchos interrogantes y nos confrontan a una paradoja.

Parecen indispensables a quienes recurren a ellos: esta auto-excitación les permite sentirse vivos, poner a prueba sus límites. Pero el predominio de experiencias sensoriales esfuma y a veces cubre totalmente angustias y afectos y por este motivo puede tornarse mutilante para la psiquis al favorecer la evacuación del afecto y del pensamiento. Y, sin embargo, es mediante estos pasajes al acto, pensados como tentativas de puestas en representación puntuales, que se ubica una apertura hacia el mundo interno de los niños autistas.

¿Reviviscencias sensoriales, iterativamente repetidas como trazas de vínculo con el objeto?

En la relación madre-bebé, toda la motricidad original vehiculiza para la madre que observa a su bebé y juega con él, un potencial representacional que está en búsqueda de forma. Así ocurre con las producciones sonoras de los bebés que no son dirigidas al objeto ni reconocidas como mensajes pero que son, sin embargo mensajes potenciales. El sonido que se produce puede organizarse como mensaje al ser escuchado (Roussillon R. 2004). Puede entonces reconocerse como mensaje y organizar una reflexividad. Esta producción se vuelve espejo de aquello que aspira potencialmente a la subjetivación por el intermedio de un otro que devuelve lo que ha percibido.

El espejo materno siempre es polisensorial aún cuando lo visual, con lo que implica de control, de organización del espacio durante el proceso de separación, se vuelve principal. Por otro lado, inclusive un adulto quedaría sumergido por un sentimiento siniestro al reencontrarse con una persona amada que es reconocida pero cuyo olor, voz, contacto de piel no se correspondiese a lo que conoce de ella. Esta confluencia de los diferentes flujos sensoriales es una construcción interactiva que se organiza en simbolización pasando por su ordenamiento en percepción, teniendo en cuenta simultáneamente la sensorialidad del sujeto y la del objeto. La organización de sus sensaciones en percepciones vuelve al bebé menos sensible a las sensaciones extremas que padecen los niños muy pequeños, los niños autistas y psicóticos y los artistas en ciertos períodos de su vida.

La organización de nuestro universo perceptivo, de nuestra identidad estable implica una contrapartida: la configuración de zonas ciegas que nos protegen pero que, al mismo tiempo, nos vuelven poco atentos (con excepción de ciertos momentos siniestros) a las sensaciones corporales creadas por las vibraciones de nuestra voz, las modificaciones del espacio producidas por el cambio de lugar de un objeto, las modulaciones de nuestra sombra según la hora del día. T. Grandin (2006) menciona esto en términos de experiencias fenomenológicas de millones de millones de detalles sensoriales que llegan a la conciencia y crean una sensación de desborde. ¿Qué es lo que no permite que se haga el filtrado en estos niños? T. Grandin responde en términos de imposibilidad de lograr una "ceguera intencional". Considera como una fuerza de la organización psíquica llamada normal a la capacidad de instalar una especie de "desatención inconciente"- entendiendo inconciente en términos de no conciente- que se opone a la conciencia extremadamente aguda de todos los detalles, conciencia aguda que

se encuentra constantemente presente en los autistas y que no permite una presencia tranquila en el mundo.

Los artistas logran por momentos hacernos sentir todo este Universo que ya no distinguimos más. Anton Ehrenzweig (1967, 47,49) dice haberse aferrado a sus antiguos modelos táctiles para organizar "el caos zumbante de manchas coloreadas" que la visión recuperada no hacía sino confirmar. En sentido opuesto a lo que se da en el desarrollo del niño que parte de una visión sincrética para ir a una visión más analítica, Anton Ehrenzweig está en búsqueda de formas, de patrones precisos, afirmando que, según él, la visión normal de la realidad no se basa en la interpretación de "patterns" precisos sino que va directamente al objeto visual y no a formas abstractas. Como Temple Grandin (2006) considera que tener una percepción demasiado analítica del mundo, más que una visión sintética, sincrética, dificulta las capacidades de percepción.

"En la visión periférica, por ejemplo, las formas escapan normalmente a la atención conciente. La visión despersonalizada tendería a tener un campo periférico más neto, pero también tiene menos relieve y en cierto sentido, menos realidad. Se gana entonces en nitidez del detalle lo que se pierde en realidad plástica. Sostendré también que en pintura puede tenerse en la cualidad plástica del espacio pictórico la señal conciente de una vasta subestructura inconsciente de la visión; la supresión de detalles no pertinentes nos vuelve más atentos a objetos intensamente plásticos, desprovistos de contorno definido. Esta plasticidad "borrosa" contribuye más a la eficacia de la visión que el desciframiento de formas y patrones precisos."(Ehrenzweig, 1967)

Es muy probable que algo semejante esté en juego a nivel de la audición y la palabra cuando la música se ausenta. Perdemos el sentido de lo que se dice, como perdemos el sentido de lo que se ve. En el trabajo con niños que padecen grandes dificultades de desarrollo, el terapeuta necesita probablemente utilizar ciertos recursos específicos de tolerancia al caos interno, para poder seguir paso a paso la visión analítica que tienen del mundo los niños autistas e intentar luego hacer emerger atrás de lo caótico el orden oculto. ¿No es este trabajo psíquico que se le exige al espectador algunos espectáculos contemporáneos, y que resulta imposible para algunos de ellos?

Ciertos creadores, en la pintura cubista por ejemplo, utilizan para deconstruir el mundo modalidades representacionales presentes en la patología: " La visión analítica no hace entonces más que obstaculizar el reconocimiento de objetos, ya que el menor movimiento de un objeto puede afectar profundamente la forma abstracta de sus detalles. Por ejemplo la nariz humana vista de perfil parece un triángulo y vista de frente

una floritura informe. Estos dos aspectos no tienen nada en común. Sin embargo nos resulta fácil reconocer una cara que hemos visto de perfil cuando aparece luego de frente"⁵. (Ehrenzweig, 1967)

Aquí se trata probablemente, de uno de los efectos de la puesta en funcionamiento de un recurso para-excitante que nos evita estar en alerta constantemente pero que tiene por consecuencia, en la normalidad, una forma de "deprivación" de un ser en el mundo, extremadamente poroso, sometido a las impresiones de los sentidos, "estado de ser" buscado en la experiencia mística, "estado de ser" al cual está sometido el artista, que moviliza procesos cercanos en cierto modo a lo que Tustin conceptualiza con su noción de trazos autísticos. Los niños autistas pueden protegerse de la excesiva movilidad del mundo, haciéndose parte integrante del mundo sensorial que los rodea. Estas "sensaciones-huellas" también en la normalidad organizan y ordenan nuestras impresiones sensoriales de modo muy fugaz, pero no tenemos conciencia de esto. He aquí lo que nos dice Tustin (1985, 23-24): "Apriete la espalda sobre el respaldo de la silla. Esto produce una huella. Si se mueve, la huella o la marca se modificará. Estas huellas cambiantes y suaves le son enteramente personales e idiosincrásicas. Estas sensaciones e impresiones táctiles parecen ser parte de su cuerpo. No están localizadas en el espacio. Están allí y no están más allí".

Estas trazas nebulosas y en suave movimiento constituyen, para el niño autista, una especie de tranquilizante auto inducido. Opuestamente a los objetos autísticos cuyos contornos son duros, rígidos, inmodificables y que se vuelven parte integrante de las superficies del cuerpo de los niños autistas con el objeto de volverlos insensibles, las huellas autistas son amorfas y en constante cambio. En este sentido, son reconfortantes y calmantes. Dan al niño la impresión de acariciarlo y halagarlo para calmarlo después de una explosión de cólera o de éxtasis, ya que estos estados extremos son insostenibles para los niños autistas. Estas huellas estarían ligadas, según C. Bollas, a una forma de retorno pasivo a las impresiones de sentidos que moviliza el medio. Desde esta óptica podría pensarse los procesos de desmantelamiento que no llegan a su fin, como una especie de retorno a una relación "objetal" proto-perceptual a la madre, objeto transformacional. Podemos aquí encontrar y repensar estas dos modalidades de movilización que tienen los niños autistas: a) alrededor de las sensaciones duras por aferramiento activo, defensivo, que favorecen un mínimo de contorno de sí mismo y b) el dejarse caer pasivo, en el cual aceptan perderse en el mundo, por el proceso pasivo de desmantelamiento. En el primer caso se trata de aferramiento sensorial, en el segundo de

⁵ La traducción es nuestra.

una experiencia menos dolorosa, más marcada de bienestar y de sensualidad. Este aferramiento sensual ha de diferenciarse del aferramiento sensorial, del aferramiento autístico a las sensaciones duras del objeto autístico.

Esta diferenciación ayuda a pensar la búsqueda de sensaciones idiosincráticas blandas de los rasgos autistas (Tustin 1984,1985) o el desmantelamiento (Meltzer 1975) más cargadas de sensualidad. Esta búsqueda de los rasgos autísticos puede pensarse probablemente desde una perspectiva de pulsionalización de un objeto idealmente cargado como productor de placer. Se advierte que se reencuentran allí las dos modalidades de ligadura a un objeto sensorial: a) modalidades de vínculo activas/pasivas fuertemente clivadas en una búsqueda forzada de delimitación o b) en la aceptación de fundirse en el mundo.

Ésta dicotomía activo/pasivo puede ayudar a pensar la diferenciación entre identidad e identificación adhesiva (Boubli, 2005). Sólo de modo sintético retomaré aquí mi punto de vista: nos situamos con este concepto en una doble dimensión: la de la identidad adhesiva por adosamiento a las cualidades de superficie del objeto y la de la identificación adhesiva preparatoria al vínculo y al interés por el objeto y por el mundo. Estas dos modalidades de funcionamiento psíquico pueden mantenerse parcialmente o resurgir en el curso de la vida de todos nosotros.

Una búsqueda demasiado masiva de la identidad adhesiva sería signo de patología, de presencia de "enclaves autistas" (Tustin 1990) que se manifiestan por modalidades de acercamiento diversas: sensorial, motora o hasta intelectual.

La otra cualidad de pérdida de los límites de sí mismo puede explorarse en las relaciones sexuales, en los momentos de felicidad extrema, en el acto de la creación. Pueden tratarse de momentos de éxtasis estético, sensual o místico durante los cuales uno se pierde en la cualidad del mundo. Puede tratarse de una experiencia pasiva que, en ciertos aspectos, se acerca por momentos a la del desmantelamiento (D. Meltzer 1975).

El sonido: una materia corpodinámica intersubjetivante

Como se ha visto, el bebé siente las presencias/ausencias con todo su cuerpo y poco a poco aprende a experimentarlas de modo activo, en una forma de mini naturalización del gesto expresivo y de los juegos de la boca. En mis investigaciones sobre los comienzos del lenguaje, parto de la idea de que la motricidad y la sensorialidad

constituyen los organizadores prioritarios en la construcción de protorepresentaciones y del mundo interno. Toda palabra es cuerpo en acción o en dificultad para entrar en acción, tal como nos lo muestra la clínica de los bebés con discapacidades.

La motricidad, la unión de las motricidades necesarias para el acto de palabra, las sensaciones ligadas a estas motricidades han estado en el centro de mis investigaciones sobre las dificultades de acceso al lenguaje en los niños autistas y psicóticos.

Las "emociones de base" (miedo, cólera, alegría) se expresan simultáneamente en el comportamiento corporal y por las sonoridades producidas.

En esta orientación de pensamiento propongo reflexionar sobre los niños psicóticos y autistas no desde el punto de vista deficitario sino más bien a partir de lo que existe en ellos, de lo que nos presentan. ¿Por qué buscan estos tipos de trazos sensoriales y evitan otros? Me interesé tanto en la búsqueda como en la evitación de ciertos contactos sensoriales postulando que se trata de movilizaciones potenciales de un saber de orden existencial, de reviviscencia de huellas de vínculo con el objeto, de representaciones sensorio-motrices que construyen la identidad del niño por el desvío del espejo materno poli sensorial, movilizador de pulsionalidad. Se trata, en las terapias realizadas con niños autistas y psicóticos, de utilizar todos los mensajes sensoriomotores como pre fantasías a co-construir con el niño. En los niños invadidos por una repetición mortífera, los niños ecolálicos, el eco es eco sonoro de músicas muertas y una manera de poner en comportamientos estereotipados, praxinoscópico⁶, de una interpulsionalidad que no pudo construirse. Es importante revitalizar este eco, ayudar al niño a salir del aferramiento sensorial. El eco de los niños ecolálicos, eco adosado y aparentemente carente de sentido, fuera de la contextualización propia del lenguaje, es la huella de un llamado que ha fracasado pero que existió. Es la repetición, a menudo ininteligible del movimiento hacia el objeto impenetrable, ya sea porque está ausente o porque es inaccesible debido a sus características propias, las del niño o las de sus vínculos específicos.

Para Green (1985) la representación se asimila a un proceso que implica un movimiento pulsional hacia el objeto. Sin direccionalidad activa, y sin objeto, no habría representación posible.

⁶ NOTA DEL TRADUCTOR: El praxinoscopio, inventado en el año 1877 por el francés Charles Émile Reynaud, es un juguete óptico que también aplica el principio de la persistencia retiniana. Para lograr el efecto, Reynaud modificó el diseño del Zootropo de manera que ya no había que ver las figuras a través de orificios en las paredes de un tambor, sino que colocó espejos en el centro y las figuras en la cara interna de este y al girarlo las figuras reflejadas cambian y generan la ilusión de movimiento, con esto logró una imagen más nítida y una mejor transición entre cuadros.

En este marco, el terapeuta se propone como alguien mismo-diferente, un espejo deformante, transformante, al cual el niño hace reflejar organizando las imágenes autosensoriales protorepresentativas (Pinol-Douriez 1984) del objeto. En el nivel del lenguaje, el material sonoro se pulsionalizará gracias a los vínculos sensoriales, emocionales, protorepresentativos, a las modalidades identificatorias que se instauran con el objeto terapeuta en un juego de interpulsionalización.

Entonces, en el marco de mis investigaciones, me di cuenta de que la utilización del material sonoro que hacen los chicos con grandes dificultades psíquicas, lejos de ser aleatorio, señalaba las modalidades de sus "estados" internos. Este "material sonoro" poseía una potencialidad mensajera, aún si todo estaba allí para atacar el aspecto mensajero, como si se tratara a veces de contra mensajes, de antimensajes en sí mismos mensajeros. Es un poco la característica de los niños autistas de no situarse a donde se espera que estén "como si" hicieran todo para que no se pueda entrar en comunicación con ellos. De ahí la idea de movimiento defensivo asociado a la idea de organización de supervivencia psíquica con el riesgo, como se ha visto, de la evacuación del pensamiento y del afecto.

Pero es interesante notar que cuando uno se ubica adonde no se lo esperan, por ejemplo en eco, imitándolos, su interés en nosotros se manifiesta por signos discretos. ¿Nos autoriza esto sin embargo a hacer la hipótesis de que estas formas de "desinterés" estén movidas por una intencionalidad, que tendría por consecuencia la idea de que atrás existe un plan psíquico de evitación organizada? No lo sé. Cualquiera que fuera la etiología, aunque me parezca muy reductor pensar en términos de etiología única del funcionamiento psíquico, se trata de organizaciones defensivas para sobrevivir...

A nivel del lenguaje, según la organización psíquica de niños con grandes dificultades del desarrollo, ¿Tendremos que pensar en términos de imposibilidad de construcción del lenguaje o en términos de deconstrucción del mismo?

Partí, en mi búsqueda de comprensión de los procesos que impiden el acceso al lenguaje en los niños autistas, de sus experiencias sonoras idiosincráticas, de lo que me parecía ser del orden de una materia prima psíquica, para abordarlas como potencialidades de mensajes que me eran dirigidos en el intercambio transfero-contratransferencial. Me di cuenta, a posteriori, de que más que entender estas producciones bajo el ángulo del rechazo y de la negación, opté, en mi clínica, por abordarlos como una expresividad a ser reconocida, a la cual dar a la vez sentido y vida, de lo que el niño

vivió, de lo que no vivió y de lo que vive conmigo. Para intentar acercarme al universo interno de estos niños, me dejé tomar contratransferencialmente, siendo receptiva a las múltiples sensaciones que producían en mí los sonidos emitidos y la motricidad que se unía a ellos.

Mi hipótesis clínica era que si, en los niños muy pequeños, múltiples investigaciones mostraron hasta qué punto sus actividades motrices eran, en su globalidad, portadoras de mensajes inconscientemente percibidas, podía hacer la hipótesis de que lo mismo ocurriría con esos niños sufrientes, lo cual me permitiría ayudarlos a enfrentar sus propias angustias, ayudarlos a organizar conflictos a partir de un aflujo de excitaciones aún no mentalizables. Desde esta perspectiva, opté por considerar las producciones sonoras en ausencia del lenguaje constituido como reacciones ideomotrices. Abordé las gestualidades y motricidades inherentes a toda producción sonora y a todo mensaje verbal, como útiles de traducción de los contenidos mentales en movimientos corporales que tenían estos niños con importantes dificultades en sus posibilidades de sentir y comunicar cualquier estado anímico de modo oral.

Para trabajar con ellos no me apoyé evidentemente en un análisis estructural de la palabra sino sobre un análisis fonético, psicofisiológico de los sonidos del lenguaje. En este trabajo de organización de una comunicación por el lenguaje oral necesitamos trabajar en un punto límite donde, como analistas, no podemos hablar más de representación de palabra como diferente de representación de cosa: la representación de palabra se nutrirá y se iniciará en la entonación que reenvía a sensaciones corporales del orden de la cosa.

Fui ayudada en mi trabajo de "cualificación" de sensaciones-afectos por los trabajos de I. Fonagy (1970-71). Su análisis apasionante muestra los paralelismos existentes entre gestos manuales y gestos linguales cuando el bebé de 4-5 meses tiende el brazo hacia un objeto anhelado y produce un sonido que necesita el desplazamiento de la lengua hacia delante. Según los análisis de documentos radiológicos de la palabra, la lengua se eleva y avanza en las emociones positivas (alegría, ternura) y se contrae, se retira, para expresar las actitudes negativas (cólera, odio, disgusto). Me dije que, desde esta perspectiva, puede darse un valor de representación a estos gestos linguales. Podría estar tratándose de una "mímica", según la expresión de Fonagy, de una mímica intra y extra bucal que está movilizando un conglomerado de afectos-sensaciones-representaciones a descondensar. He tomado esta orientación para escuchar a esos niños que evitan a menudo las producciones lenguajeras y las deconstruyen.

En esta historia intersubjetiva, las producciones vocales van a constituir una experiencia bucal cuyos componentes plurisensoriales y motrices participan en la diversificación de protorepresentaciones que se enriquecen en los juegos interrelacionales. La integración progresiva y las transformaciones de estas protorepresentaciones abren el acceso a la utilización de producciones sonoras para las diversas formas de comunicación.

Para aprender a hablar se necesita una diferenciación cada vez más fina de los órganos del cuerpo. Esto solo es posible más si el niño se encuentra en una seguridad procurada por una "instancia unificante" gracias a la presencia para-excitante de una madre tranquila y cálida. Es entonces que podrá aceptar el riesgo de jugar de modo parcializado con partes de su cuerpo: con su glotis, su lengua, su aliento... sin demasiada angustia de despedazamiento. He podido verificar, en múltiples oportunidades, con los niños que he seguido en terapia, que sus dificultades no eran de orden fonético (fisiológico) sino más bien de orden fonológico (lingüístico).

Las inhibiciones en la palabra en los niños gravemente perturbados son, a menudo, debidas a que las diversas partes de su boca, sus puestas en acciones y ligadura, sus relaciones con el objeto externo, parecen cargadas de amenazas generadoras de angustia o de inhibiciones. La palabra, las emisiones sonoras, se encuentran muy trabadas. Ayudar a la elaboración del clivaje y de las angustias permite mayor juego con los objetos de la boca (juegos exploratorios presentes en todos los niños que balbucean).

En el caso de aquellos niños que se mantienen permanentemente en el ruido o en una musicalidad, el sonido puede cumplir la función del continente-auxiliar y las producciones sonoras están fuertemente investidas defensivamente (para protegerse más que para comunicar). El sonido es un material que llena los agujeros, un material casi táctil que da estabilidad. Pero, para hablar, son necesarios también espacios de silencio, separaciones entre las palabras, entre sí mismo y el otro. El silencio es indispensable en la cadena hablada y en la música, tal como nos lo señala, en el arte conceptual 4' 33 de silencio, obra muda de John Cage. En los niños con dificultades psíquicas y lingüísticas estamos a menudo en lo demasiado: demasiados sonidos permanentes, demasiados silencios. Este demasiado señala la ausencia del interlocutor y de todo intercambio esencial para la comunicación: callarse para dejar hablar al otro hablar, callarse para escuchar, reflexionar pero enseguida tolerar estar en la interrelación a través de la respuesta.

Para terminar éste artículo, agregaré algunas reflexiones a propósito de las producciones ecológicas inmediatas o diferidas (aunque el parámetro de descontextualización de las segundas no sea sin interés en cuanto al vínculo con el objeto, por más difuminado que sea). La ecolalia autística es a menudo comprendida como representando en el desarrollo del lenguaje el estado de imitación sin "el plus" de lo transformacional generativo. En estas condiciones, sin función psicogenética, la ecolalia aparece inútil, parásita, trastorno mayor del lenguaje que sería conveniente hacer desaparecer. Sin embargo uno se da cuenta de que no habría que hablar de ecolalia general, sino que convendría distinguir formas diversas, que algunas ecolalias aparentemente rígidas muestran, en el análisis acústico, modificaciones prosódicas de la emisión repetida que son suficientes para cuestionar su carácter de repetición rígida. Además, las diferencias cualitativas entre ecolalia autística e imitación verbal del niño pequeño normal no están claramente definidas. Nadel y Peze (1992) señalan la existencia de numerosas ecolalias espontáneas rígidas durante el tercer año, en el desarrollo normal. Mi trabajo terapéutico me ha mostrado claramente que las ecolalias pueden constituir actos de comunicación, si se las recibe como tales, y que favorecen, en tratamiento, en el juego trasfero-contratransferencial la instalación de un lenguaje.

Así, Raïd, niño que salía de sus funcionamientos autísticos, repetía cuando la tensión aumentaba, con una voz aguda y extraña, una frase de prosodia desconcertante, melodía excesivamente ascendente y descendente (picos periódicos) "elvairprontiraversumama, elvairprontiraversumama...". Esta cinta sonora se desplegaba largamente hasta el punto de invadir el espacio e impedir la capacidad de pensar.

La función expresiva, que podíamos agregar captando las palabras enunciadas, se difuminaba atrás de la función mágica del lenguaje. A lo que parecía estar apuntando esto, era a un cambio en el mundo, un actuar mediante la palabra, del tipo de hacer presión sobre su destinatario para hacerle hacer un gesto y/o para provocar la aparición de la madre, el fin de la situación angustiante. Pero, por más patológico que pareciese éste funcionamiento, no estamos muy alejados del trabajo de Bollas (1989) que considera que todo niño identifica a su madre con las transformaciones de lo que vive y, efectivamente, la madre transforma el mundo del lactante.

Escuchar a Raïd y no dejarse invadir por el ruido de esa repetición inaudible permite tener acceso a su miedo y a sus experiencias repetidas, lo que constituye un saber de orden existencial en relación a un saber de orden representacional, que existe un objeto confusamente percibido cualificado como mamá que pacifica la angustia, que modifica el mundo circundante.

Este llamado al cambio mágico del mundo es lo que se encuentra en los bebés que gritan, lloran y que se intenta satisfacer en poco tiempo de espera. Esta función mágica del lenguaje permanece viva a lo largo de toda nuestra vida. Meltzer y Harris (1981) la consideran preeminente en cierto tipo de aprendizajes en los cuales las modalidades de identificación marcan la modalidad de aprendizaje (aprender por identificación preceptiva, por mimetismo...etc.). Las frases mística del tipo "que la luz sea y la luz fue" siguen siendo para muchos una aspiración a un lenguaje-acción tan presente en los cuentos infantiles.

Se advierte aquí que este punto de vista transforma un poco el enfoque demasiado estrecho sobre la ecolalia. La grabación que hicimos de Raïd señala algunas de sus competencias para comunicarse. Por medio de la emisión de estas sonoridades, nos transmite su malestar, su aumento de pánico frente a la situación que se vuelve intolerable sin desencadenarse en violencia o desorganizarse masivamente. Es un llamado que se vuelve mensaje para los que quieren o pueden entender. Además, su palabra ecolálica moviliza nuestra "rêverie", cuando se la decodifica. En esta "rêverie" organizamos un escenario donde existen objetos externos potencialmente reaseguradores, una música vocal particular investida y palabras potenciales a rescatar de esta aglomerada frase musical. Es el método que he utilizado para trabajar con niños autistas y psicóticos lo cual no será sin efecto sobre mi capacidad para poder soñarlos y sobre sus producciones verbales.

Querría terminar éste artículo insistiendo en el hecho de que este modo de utilización del lenguaje, específica para cada niño y poco conforme al uso que de él hacen los bebés, nos enseña sobre los procesos activos de deconstrucción del lenguaje llevado a cabo por el niño autista. Nos esclarece gracias a la brecha que existe entre sus producciones y las producciones comunes, sobre sus modalidades de funcionamiento psíquico.

Bibliografía

Bollas, C., (1989). *L'objet transformationnel*, In Revue française de Psychanalyse. N°4, 1181-1199.

Boubli, M., (1997). *Emergence du langage au cours d'une psychothérapie d'enfant psychotique*. In : A. Green, C. et S. Botella, F. Guignard, D. Anzieu, M. Boubli, P. Castoriadis-Aulagnier, A. Denis, J. Fonagy, G. Gimenez, M. Pinol-Douriez. *Pulsion, Représentation, Langage*. Lausanne: Delachaux et Niestlé, 135-160.

Boubli, M., (2002). *Autosensualité, procédés autocalmants et créativité* In Boubli, M., Konicheckis, A., *Clinique Psychanalytique de la sensorialité*. Paris: Dunod., 59-94.

Boubli, M., (2005). *L'identité adhésive à l'adolescence, réaction au second choc esthétique?*. *Revue Adolescence*, 23,1, 51-65.

Boubli, M., Efrat, D., (2006). *La parentalité : un processus, hors confusion des langues, favorisant la croissance psychique*. In *Revue Adolescence*, 24, 1, 51-67.

Ehrenzweig, A., (1967). *L'ordre caché de l'art*. Paris: Gallimard, 1987.

Fain, M., (1992). *La vie opératoire et les potentialités de névrose traumatique*. In *Revue Française de psychosomatique* N°2.

Fonagy, I., (1970). *Les bases pulsionnelles de la phonation*. *Revue Française de Psychanalyse*, 34, 101-137

Fonagy, I., (1971). *Les bases pulsionnelles de la phonation. II*, *Revue Française de Psychanalyse*, 35, 542-591.

Grandin, T., (2006). *L'interprète des animaux*. Paris : Odile Jacob.

Green, A., (1985). *Le Statut de la représentation*, Paris, PUF, 1985

Hobson, R. P. (1993). *The Intersubjective Domain: Approaches From Developmental Psychopathology*. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 41:167-192

Lichtenstein, S., (1961).

Identity and Sexuality—A Study of their Interrelationship in Man.

Journal of the American Psychoanalytic Association, 9:179-260

Milner, M., (1979). *Le rôle de l'illusion dans la formation du symbole*. In *Revue Française de Psychanalyse*, 1979, 5-6, 841-874.

Meltzer, D., (1975). *Explorations dans le monde de l'autisme* Paris : Payot

Meltzer, D., Harris, M., (1981). *Le rôle éducatif de la famille*. Expertise demandée par le Royaume Unis pour l'Organisation de Coopération et de Développement Economique.

- Nadel, J., Peze, A., (1992). *Communication productive et communication en écho: un an d'évolution chez un enfant autiste*. Neuropsychiatrie de l'Enfance, 40, 10, 553-558
- Perron-Borelli M, Perron R., (1995). *Autour des représentations d'action* In Revue Française de Psychanalyse, LIX, n°5, 1791-1997.
- Pinol-Douriez, M., (1984). *Bébé agi-bébé actif*. Paris : Payot.
- Roussillon, R., (2002). *L'homosexualité primaire et le partage de l'affect* In Mellier D. et all *Vie émotionnelle et souffrance du bébé*. Paris : Dunod, 73- 89.
- Roussillon, R., (2004). *L'intersubjectivité et la fonction messagère de la pulsion* In Psychiatrie française « Intersubjectivité 2 », 36, 2, 45-54.
- Stoléru, S., (1989). *La parentification et ses troubles* In Lebovici, S., Weil-Halpern, F., *Psychopathologie du bébé*. Paris : PUF, 113-129.
- Tustin, F., (1985). *Améliorer les états autistiques* In *Lieux de l'enfance*

Traducción del Francés: Manuel Gálvez